

El término “liturgia” ya se usaba en épocas del paganismo con la acepción de “obras religiosas de carácter público”; y cuando a partir del Nuevo Testamento los primitivos cristianos (catecúmenos) lo adoptaron, fue para designar en particular la Santa Misa que bajo persecución y furtivamente celebraban. Durante la Edad Media, con influjo de la lengua latina, se decía *Ministeria domine* u *Oficia divina*. Es, pues, la ceremonia central en el ritual de esta religión, ceremonia que ha conocido variantes según circunscripciones eclesiásticas; pero en todas se acepta que el esquema de la Santa Misa integra el siguiente orden de ritualidad: oraciones y lecturas, ofrenda, consagración, fracción o partición, y comunión. Esquema de origen apostólico y que claramente remite al suceso crucial de la vida de Jesús-Cristo, el de la última cena con sus discípulos. Dice Lercaro:

En la noche de la traición, estando a la mesa en la última cena, tomó el pan y el vino, los bendijo, los consagró, transmutándolos en su Cuerpo y su Sangre, que Él ofreció por la muchedumbre de los hombres, en remisión de los pecados, y los dio en alimento y bebida a los Apóstoles, comunicándose así a sus almas. Fue aquel un verdadero sacrificio, en el cual la inmolación cruenta del día siguiente, hecha sobre el duro madero de la Cruz, fue prefigurada y presentada al Padre por la redención del mundo (*ibidem*: 17-18).

Este mismo texto reseña el capítulo xx de Hechos de los Apóstoles que relata: “yendo Paulo hacia Troade, al llegar el domingo reúne en un vasto solar